

Reportaje a Emilce Moler, ex detenida-desaparecida e integrante del grupo de estudiantes secundarios secuestrados durante la llamada “noche de los lápices” en 1976

16 de septiembre de 2006

Victoria Ginzberg, Emilce Moler

Emilce Moler fue detenida el 17 de septiembre de 1976. Era estudiante del Colegio Bellas Artes de La Plata y militaba en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) con los seis jóvenes que están desaparecidos. Pasó por los centros clandestinos de Arana, Pozo de Quilmes y la comisaría de Valentín Alsina antes de ser "blanqueada" en Devoto. Hasta hace poco, su nombre no se asociaba con el de los adolescentes secuestrados en La Noche de los Lápices. "Lo del boleto sirvió para mostrar que la organización estudiantil permite llegar a reclamos. Pero fue una marcha más", señala, para combatir la imagen de que los estudiantes fueron perseguidos exclusivamente por organizar esa movilización. Además, habla del despertar a la política y de la dureza de la represión. "Mi mente era mi espacio de resistencia", asegura.

-¿Por qué cree que La Noche de los Lápices se convirtió en un hecho tan emblemático?

-Porque nadie se podía oponer a esa historia como fue contada. Esto es, que eran chicos inocentes que luchaban por un boleto. A eso nadie se puede oponer. Hay cosas que no están cerradas: la cuestión de la violencia, de la lucha armada. A mí me llaman para dar charlas de escuelas de monjas. Si bien yo nunca participé de la lucha armada en sí, si no se hubiera contado de esa manera... no me llamarían.

-¿Contarlo de esa manera sirvió porque era lo que se podía hacer en ese momento o fue un error?

-Es difícil hacer un análisis contrafáctico. Quizás hoy tendríamos una sociedad más evolucionada. O tal vez la sociedad no iba a poder escuchar más que eso. No tengo una respuesta. Pero modificar o recrear hechos tan instalados es muy difícil.

-¿Cómo era la vida de un estudiante secundario militante en los '70?

-Yo entré al secundario en el '72 y empecé a militar en el '75. Pasé del colegio de monjas al Bellas Artes y fue una ruptura, el despertar de la participación política, de otro mundo posible. Había gran libertad, solidaridad, participación, mucho compromiso. Pero en el '75 hay un cambio fuerte. Nos separan de la escuela superior, de la facultad.

-¿Cuándo fue la primera vez que participó en un acontecimiento político?

-Cuando entramos a la escuela, las mujeres no podíamos usar pantalón. La primera asamblea a la que fui, a los trece años, era para poder usarlo. A los pocos días había una toma en la escuela por otro tema. En mi casa dije que iba a ir y me encerraron en mi habitación. Eso despertó más inquietud. Fue muy significativo cuando mataron a Rodolfo Achen y Carlos Miguel, no docentes de la Universidad de La Plata, en octubre de 1974. Vamos al cementerio y en el camino hay represión. A partir de ahí no tenemos más clases. En ese entonces yo no estaba identificada con ninguna agrupación.

-¿Y cuándo fue el salto a la organicidad?

-En el '75. Cambian profesores y preceptores. Incorporan preceptores de la CNU (Concentración Nacional Universitaria, ligada a la Triple A) y empieza a haber mayor represión en la escuela. Ante eso pienso que hay que estar en alguna agrupación para hacer algo más orgánico. En el '75 ya no podíamos hacer asambleas abiertas y por eso surgió la idea de lo del boleto estudiantil. Veíamos que en ese momento había situaciones económicas adversas y nos pareció un reclamo con el que se podían enganchar varios estudiantes. Así surgió la idea de la marcha. Venían tiempos difíciles. Un hito importante fue en diciembre de 1975 cuando aparece muerto Patulo Rave, un compañero de la UES muy querido. Apareció colgado en un puente, tenía 18 años. Eso fue un llamado de atención fuerte, tomé conciencia de que nos podía pasar eso. Lo del boleto sirvió para mostrar que la organización estudiantil permite llegar a reclamos. Pero fue una marcha más. Fue un logro, pero de reivindicación estudiantil.

-¿Qué cambios hubo después del golpe?

-Más significativo fue el '75, cuando los preceptores nos amenazaban en el baño. Iban armados a la escuela. En el '76 en la escuela ya no hacíamos nada. Tratábamos de hacer algo afuera denunciando la dictadura. Como yo era de Bellas Artes, armaba las reuniones en el zoológico o en el museo, que eran lugares donde íbamos naturalmente. Las reuniones eran de análisis de la realidad y mucho control sobre quién faltaba a una cita. Veíamos qué podíamos aportar a documentos y denuncias. Hacíamos actos relámpagos en la puerta de una escuela o en el centro con volantes y bombas de estruendo.

-¿Qué relación tenía con los seis chicos que están desaparecidos? ¿Militaba con todos ellos?

-Con casi todos. Horacio Ungaro era el más cercano. Nos conocimos a los trece años. Si bien los dos éramos de La Plata, nos conocimos en Mar del Plata, patinando, e íbamos al club universitario juntos. Nos empezamos a encontrar en las marchas, en los actos. María Claudia Falcone y Francisco López Muntaner eran de Bellas Artes, eran más chicos. Panchito tenía hermanos mayores que militaban y eso hacía que tuviera más elementos para la militancia, era muy responsable, Claudia lo mismo. A los demás los conocía de reuniones, asambleas o peñas.

-¿Qué le pasa hoy cuando ve las fotos de ellos?

-Es muy fuerte. El otro día me mostraron la última foto de Panchito, en un cumpleaños de quince. Te agarra mucha indignación ver lo jóvenes que eran. No les dieron ninguna posibilidad. Cuando estoy dando charlas, veo caras de chicos y tomo conciencia de que nosotros teníamos esas edades. Te da mucha indignación.

-¿Cuál es la imagen que define su secuestro?

-El Pozo de Arana fue donde toqué fondo respecto de la condición humana. Ahí me desintegré. Primero, por la cantidad de torturas que recibí, las condiciones en las que estábamos. El 21 de septiembre nos sacan a un patio al aire libre, vendados y esposados para festejar el Día de la Primavera. Pretendían que cantemos. Eso demuestra el trato que tuvimos, no había límite en la degradación que buscaban. La tortura no se justifica de ninguna manera. Pero si alguien tiene la fantasía de que te torturaban para conseguir información, no es cierto.

-¿Cuál cree que era el objetivo? ¿Degradarlos?

-Degradar y quebrar. Cuando se enteraron de que yo era hija de un policía retirado, sólo me torturaban por eso. Me decían por qué le había hecho eso a mi padre. Había actos de sadismo, con las mujeres siempre se complica por la cuestión vejatoria. Ese sería para mí un hito, donde tocas fondo. El cuerpo ya no tiene más referencias con la realidad. Te queda tu entereza, tu capacidad intelectual y moral. Con eso no se pueden meter y de eso yo me di cuenta. Traté de estar lo más ida posible. Con mi cuerpo podían hacer cualquier cosa, pero mi mente era mi espacio de resistencia. Por otro lado, para mí fue muy difícil cuando entro a Devoto. Es paradójico porque era la legalidad, la esperanza de sobrevivir, pero por otro lado en los centros

clandestinos era el día a día, momento a momento. Y en Devoto se trataba de vivir en cautiverio. Me leyeron los cargos: tenencia de explosivos, asociación ilícita, y yo lloraba y le explicaba a la celadora que no era cierto. La sensación era de impotencia, uno pensaba en que iba a tener una defensa, abogados. Cuando te das cuenta de que sólo cambia el aspecto externo, pero el dominio es mismo, hasta con una fachada legal, la impotencia es muy grande.

-¿Cuándo fue la última vez que tuvo noticias de los chicos que están desaparecidos?

-El 23 de septiembre nos cargan en un camión a todos, vendados y esposados. Yo sabía que estaban Gustavo Caloti y Horacio Ungaro porque compartimos sesiones de torturas. Sabía que estaban Claudia y María Clara porque compartí la celda con ellas. En un momento leen una lista y empiezan a bajar gente. Ahí bajan Horacio, Clara, María Claudia, que son los que yo reconocía. Gustavo, yo y otros seguimos para Quilmes. Creo que ya estaba dividida la suerte. En ese momento yo pensaba que los iba a encontrar en otro lugar. En la brigada de Quilmes estuve hasta diciembre, cuando me avisan de que me ponían bajo el PEN, que yo no sabía qué era. Antes de Devoto estuve en la comisaría de Valentín Alsina.

-¿Cuándo se enteró que seis de ustedes estaban desaparecidos?

-En Devoto seguía preguntando por ellos. Pensaba que en cualquier momento venían. Asumí que estaban desaparecidos con el resto de la sociedad. No fue algo inmediato.

-Arana, Devoto son imágenes del cautiverio. ¿Cuál es la imagen de su libertad?

Tardé mucho en darme cuenta de que estaba en libertad. Primero, porque mi salida fue traumática. A todos los presos los sacaban a Coordinación Federal, llamaban a un familiar y se iban. A mí me dijeron que me vaya de Devoto, me abrieron la puerta y me tuve que ir sola caminando. Fue el 20 de abril de 1978. Mis padres estaban viviendo en Mar del Plata, porque a mí no me iban a dejar volver a La Plata. Salí caminando como en las películas, mirando para atrás. Pensaba que me mataban. Me tomé un taxi y fui a la casa de la familia de una compañera que me había dado la dirección. Antes no era fácil llamar por teléfono, mis padres no tenían, así que llamé a la portería de la casa de mis padres, que me vinieron a buscar. Estuve un año con libertad vigilada. La cuestión del mar siempre fue importante. Caminar por la playa no se sé si fue darme cuenta de que estaba en libertad, pero fue empezar a recuperarme. ¿Cuándo me di cuenta de que estaba en libertad? Creo que cuando tuve mi

Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

primera hija. Fue el acto de mayor sensación de libertad que tuve. Ella nació en septiembre del '83 y faltaba poco para las elecciones. Me parece que ahí fue cuando tomé dominio de mi cuerpo, era yo la que manejaba mi cuerpo. Y se daba en un momento de apertura democrática. Tardé, pero después nunca más tuve miedo.